

jarse, porque su caída fué gradual é insensible. ¿Qué habían de hacer? Su voz sería ahogada en la garganta, porque el general Díaz está en el colmo del apogeo, es la figura más simpática al pueblo, como debe serlo todo salvador. El le dió garantías, le dió paz y le dió progreso. ¿Olvidará el pueblo, altivo, noble y agradecido, una labor tan llena de gloria y beneficios?

Trabajando así, ha podido llegar á las alturas en que se encuentra; recibe culto de los mexicanos y admiración de los extranjeros. ¿Habrá quien no lo estima y quiera?

Si las naciones aun saben levantar estatuas á los ciudadanos que las han hecho felices, la del general Díaz tiene que tocar en el cielo; si los pueblos aun aprecian las virtudes de los grandes hombres, el pueblo mexicano debe levantar un altar en el pecho de cada ciudadano, á quien ha gastado toda su vida, para hacerlo feliz y próspero; porque él hizo de una república pobre y desprestigiada, un país grande y rico, que entra en el concierto de las potencias más acreditadas del mundo, señalándose como honrado y heroico.

Sólo el nombre del general Díaz es la más poderosa garantía para la estabilidad de la paz.

---



---

### CAPITULO XIII

¿CÓMO SURGIERON LOS CIENTÍFICOS?—EL PARTIDO CIENTÍFICO NO PUEDE GOBERNAR EL PAÍS.

#### I

**P**ARA los verdaderos mexicanos, la obra del general Díaz es—sobre toda ponderación—sublime, porque ella resulta de un sacrificio grande é inaudito, y ha ido desarrollándose, gracias á un plan profundamente meditado. Reina, merced á ella, una calma octaviana. En medio de tantos bienes, sólo se oye la voz de la gratitud, proclamando como benemérito al que ha sabido, con mano firme, lograr tantos prodigios. Debido á esto, á nadie extraña el general entusiasmo del pueblo y las simpatías que profesa á su héroe pacificador.

Los grandes generales son vitoreados después de los resultados favorables de una guerra; pero las guerras hacen correr á raudales la sangre, y mientras unos se regocijan en medio del triunfo, otros gimen por la pérdida de algún ser querido, que era—tal vez—el único sostén de alguna viuda desamparada ó

de una numerosa familia que queda sumida en la orfandad: las guerras hacen que, los mismos labios que bendicen, maldigan la hora en que nacieron para vivir en la desgracia. Entretanto los hombres que cimentan la paz en las naciones turbulentas, sólo pueden oír bendiciones de todas las bocas, porque la paz beneficia y no sacrifica. De ahí la razón poderosa de que el pueblo mexicano sólo tiene bendiciones para el general Díaz. Ingratos fueran los pobladores de la república, si no lo hicieran así. El sentimiento más noble del corazón humano, y que lo enaltece más, es el de la gratitud, y ese sentimiento está profundamente desarrollado en los pechos mexicanos: habremos sido terribles para con el enemigo, altivos con los tiranos; pero también sabemos ser hidalgos y agradecidos con los héroes que nos han dado progreso y la tranquilidad en nuestros hogares.

Vista así la cuestión, el actual Presidente cuenta con el cariño de todo el país. Pero en toda regla hay excepción, y aquí — no debiendo ser — también existe la excepción. Creo que, conmigo, la república siente esta gran verdad, porque ningún mexicano de corazón deseara enemigos políticos del señor general Díaz; si hace quince años nadie los deseó, ahora menos, que, obligado por las arduas faenas del trabajo y el peso de los años, la preciosa existencia del grande y conspicuo gobernante toca á su fin, por la fuerza de una ley ineludible de la naturaleza, de que todo lo que surge á la vida, perece, y todo lo que nace, muere. Quedará un nombre inmortal en los anales de la historia de los que han podido rodearse del cariño sincero de sus compatriotas; pero el destino tie-

ne que cumplirse y el hombre que inclinar la cerviz ante la Parca impía, porque ella impone leyes generales é inexorables. Ante esta terrible verdad, todos los mexicanos deberíamos colmar de gratitud y amor al que supo sacarnos de la nada á la vida de los pueblos cultos y civilizados, para que, cuando se cumpla la sentencia implacable del Eterno, nuestro gran Presidente lleve recuerdos tiernos é imperecederos de un pueblo á quien sólo él pudo hacer feliz.

Desgraciadamente, cubierta la faz y entre bastidores, hay un grupo de ciudadanos en la república, que, á pesar de haber sido sacados de la nada por la benigna mano del señor general Díaz, pretenden minar el actual orden de cosas y colocar en el poder á su jefe, empleando en sus maniobras la dizque hábil táctica política que aconseja el talento de que no carecen. Los movimientos de los tales políticos han envuelto en sus redes á varios ciudadanos admiradores del general Díaz, los cuales hanse afiliado á ellos, mediante la ocultación de fines.

¿Quiénes son estos políticos? ¿Qué partido forman? ¿A quién tienen por jefe? ¿Es fácil su triunfo? En el remoto caso de la victoria, ¿podrían gobernar la república?

Vamos por partes.

## II

Durante los cortos períodos en que gobernaron don Sebastián Lerdo de Tejada y el general don Manuel González los destinos de la nación, tomando la alternativa este último de manos del actual Presi-

dente, comenzó á formarse un grupo de individuos ya viejos y cargados de años, quienes, no habiendo estudiado elementos de filosofía en los primeros tiempos de su peregrinación en la tierra, decidieron estudiar la vasta ciencia de Aristóteles en la edad proveya. A esos buenos viejos no les podía pasar la vida sin conocer la filosofía, porque habían leído, no saben dónde, que el hombre, sin los conocimientos filosóficos, no estaba en aptitud de conocerse á sí mismo. Esta gran verdad fué desconsoladora para ellos; é, iguales á Diógenes, encendieron la linterna, y, en pleno día, se lanzaron en pos de lo que les faltaba. ¿Pudieron, como el gran filósofo griego, decir ¡Eureka! en el curso de su jornada?

Ya durante el gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada dirigía la Escuela Preparatoria un ciudadano muy afecto á las investigaciones filosóficas, y pudo proclamarse entonces como jefe de una escuela nueva, por no estar conforme con el simple papel de director del primer establecimiento de instrucción pública de la república y seguir los principios filosóficos de los más grandes maestros de la ciencia. Se pretendía algo de novedad, y á toda costa había que lograrlo. Las pretensiones se reducían á la reforma de la ciencia. Así como en el sistema de legislación y gobierno empezaron á regir las Leyes de Reforma, ¿por qué no había de pasar lo mismo en el terreno filosófico? En este último caso, se trataba de lo abstracto, como lo es la filosofía; en el primero, de cosas concretas, como lo son las leyes de gobierno: éstas son deducciones legítimas de los principios de la primera, y aunque ésta, y no aquéllas, es la ex-

tensiva y abarca á las primeras, poco importaría, si el espíritu audaz de la Reforma puede extender sus blancas alas á todo.

Los ciudadanos liberales, ebrios del triunfo, procuraban implantar sus teorías y principios en todo. Para llevar á cabo sus ideas, la Reforma tenía que entrar en la escuela, lo cual era algo difícil, si los estatutos escolares no sufrían, á su vez, las reformas necesarias. Logrado esto, estaba lo demás logrado también y vencidas las dificultades.

El director de la Preparatoria, adicto á todo lo que venía de Francia, se encargó de introducir las reformas. El gobierno del señor Lerdo de Tejada se componía de elementos civiles, accesible, por lo mismo, á dejarse guiar por la fuerza del argumento, y esta fué la razón de su caída. Presentes las tendencias del gobierno, las intenciones de don Gabino de la Barreda, el reformador filosófico, no tropezaron con obstáculos para desarrollar su plan científico, según lo llamó el famoso instructor.

El principal objeto de este plan era quitarles alumnos á los colegios clericales; y para obtener el resultado apetecido, tanto el director de la Escuela Preparatoria como los demás profesores, pusieron todos los medios posibles, ayudados por las Leyes de Reforma y otras especiales que se dictaron. Todos los que tomaron parte en esta guerra intelectual normaron sus procederes en las leyes de instrucción pública de Francia. A la cabeza de ellos iba don Gabino de la Barreda, educador reformista de los más avanzados de la época, y director, como he dicho, de la Preparatoria.

En torno de estos luchadores se aglomeró el profesorado liberal de todos los matices, y propusieron al gobierno la adopción de textos franceses casi para todos los estudios, y en especial para los filosóficos. Esta medida los hacía prescribir los textos adoptados por los seminarios y seguir un derrotero distinto de los colegios del clero. El Congreso de la Unión, compuesto de los constituyentes, y los Congresos locales de los Estados, ayudaron poderosamente en esa cruzada de la educación del pueblo. Los liberales querían formar ciudadanos que más tarde pudiesen hacer cumplir las Leyes de Reforma.

Esta conducta hizo surgir graves dificultades en el terreno práctico, que procuraban vencer los apóstoles de la reforma escolar. De esa lucha tomó formación un partido encabezado por Barreda, que, aunque aparecía con ropajes de simple propaganda educativa, en sí era una agrupación política, con tendencias al absoluto dominio. En hora buena que sus miras hubiesen sido extensivas tan sólo á las reformas escolares, pues, en punto á educación, los colegios clericales estaban muy atrasados. Es cierto que de los seminarios habían salido regulares cabezas, pero tan amoldadas á un régimen antiguo, que las ciencias naturales érales completamente desconocidas, y hasta se prohibía el conocimiento profundo de ellas. De modo que una reforma en ese sentido, se imponía su necesidad.

Atrasada la instrucción pública en los colegios clericales, el nuevo apostolado fué recibido, por una parte, debido al vasto plan con que se presentaba, y por la otra, en fuerza de la ley que lo imponía.

Esto, en tratándose de la instrucción primaria; por lo que respecta á la profesional, los seminarios quedaban relegados al olvido, y los estudios hechos en ellos eran nulos para recibirse de algún título. Todas estas circunstancias hacían que los establecimientos reformados tuviesen llenas sus aulas, porque la necesidad es una ley de fuerza.

De este modo fué perdiendo terreno el clero en cuestión de instrucción. Amoldado en sus teorías en sistemas antidiluvianos, era lógica la consecuencia: sus aulas casi se vieron desiertas. ¿Qué padre de familia, teniendo á su disposición colegios de programas vastos, había de mandar á sus hijos á donde, á vuelta de doce años, sólo sabían declinar *musa musæ*? Además de la deficiencia, había la circunstancia de que en los establecimientos católicos no se podía obtener ningún título profesional. Todo lo cual, influía para darle mayor ensanche al nuevo apostolado reformista.

Poco á poco fué tomando gigantescas proporciones la nueva secta, y, habiéndolo comenzado con poquísimos miembros, llegó á contar buena cifra de adeptos.

### III

Don Gabino de la Barreda era el centro y jefe de los apóstoles de nuevo cuño, en torno del cual giraba ya una poderosa agrupación de personas deseosas de reformas escolares. Con el tiempo se fueron ampliando los horizontes y deseos de la que ya podemos llamar *asociación laica*, porque su programa

tenía por base la instrucción pública independiente de religión alguna; ésta quedaba relegada á los estrechos recintos del hogar, porque, conforme á los principios de la escuela laica de Francia, el Estado debe ser tolerante y no constituirse en apóstol de religiones: el gobierno estaba en el deber de garantizar la libre enseñanza religiosa, pero no defender ni preferir una á otra. Por esto, en sus escuelas y colegios se suprimieron las clases de catecismo y se redujo su plan á impartir principios abstractos de moral, á fin de que los alumnos tuviesen nociones generales de moralidad y orden.

El triunfo fué seguro, porque el clero no quería salirse de su tardo paso; tanto porque nunca previó los grandes males que le podría acarrear su conducta en lo futuro, como porque prefería no invertir ningunas sumas de dinero de sus arcas en la educación del pueblo; su programa era —y es aún— desbalijar á los fieles para toda clase de gastos, y pagar muy mal á sus profesores, en su mayor parte gente ignorante, que enseñaba á punta de latigazos y palmeta, al grado de descuartizar á los educandos y dejarles más cicatrices en el cuerpo que llagas en el lomo de un esclavo. En las aulas católicas, poca instrucción y mucha disciplina, era la regla general. Las reformas eran —y son— un grave delito, porque, según los clericalistas, se oponen al principio fundamental é inmutable del dogma. Aunque he querido buscar la razón de la tal afirmación, no la encuentro, y sí hallo mucha culpa en los que aun defienden tan descabelladas doctrinas, pues de la religión han hecho algo abominable, como todo lo que acepta el re-

troceso. Precisamente, la Religión Católica se asienta sobre un principio que es base del progreso; ¿cómo es posible que sufra su verdad fundamental al admitir las reformas en la enseñanza? Si todo evoluciona, no hay motivo para que la pedagogía no evolucione.

Con los mentores clericales, refractarios á todo adelanto positivo, los laicos se fueron arriba, atrayéndose á la juventud á su lado. Era natural que esto pasara, pues la niñez huye de los sistemas de instrucción que infunden la ciencia á punta de golpes brutales, como la humanidad huye de la esclavitud. Los castigos de palmeta y látigo son exclusivos para las bestias, y malamente pueden apreciar la dignidad del hombre los que la confundían con los seres irracionales.

Sin embargo, hay quien defiende sistemas de educación tan punibles y salvajes, porque en este mundo hay de todo. Pero también hay que confesar que los laicos deben su existencia á los educadores de puños de hierro.

Formalizados los modernos educadores, pusieron en practica proyectos nuevos. Estaban vivas aún en Francia las teorías de un filósofo nuevo, que acababa de publicar doctrinas sensacionales en el campo científico. Este filósofo fué Augusto Comte. Por demás será decir que los mexicanos, en cuanto llegaron las teorías del filósofo francés, amoldaron su vida científica á la doctrina del eminente positivista de Francia.

La filosofía positivista, defendida por Comte, tuvo gran ascendiente en los reformistas escolares de Mé-